

JENARO MARTÍNEZ

INVASIÓN SILENCIOSA



OTROS MUNDOS

Parte 1

Fuera de lugar

Capítulo 1

La vida, tan frágil y resiliente a la vez. ¿Cómo habrá iniciado aquí en la Tierra? ¿Cómo irá a terminar? Nunca pensó que fuera a vivir estos tiempos, pero con tantos reportes de avistamientos de ovnis en los medios por todo el mundo, David volvió a creer.

Millones de personas de todas las razas y religiones podían ahora comentar, libres de críticas y prejuicios, que la vida en el universo no era única de este planeta. ¿Habrá llegado hasta aquí de otro lugar?

Para él, excavar un dinosaurio era lo más cercano a viajar a otro mundo, a una tierra olvidada, distante; un lugar extraño con colores, tamaños y formas tan ajenas al mundo actual que, si no fuera por la cultura popular del último siglo, serían alienígenas para nosotros.

Hacía tiempo que no se sentía así, bajo los efectos de un trance místico que sólo una excavación extraordinaria, como en la que se encontraba ese día, era capaz de provocarle; esta vez, bajo los intensos rayos del Sol en el desierto de Coahuila, al noreste de México.

En silencio, su equipo de paleontólogos descubría parte por parte el esqueleto articulado de un dinosaurio depredador, similar al de un velociraptor, que descansaba fosilizado sobre una roca amarilla, enroscado en una postura agonizante.

David sólo podía oír el ocasional viento pasajero que le refrescaba su cuerpo empapado y el llamado distante de un ave que sobrevolaba el desierto.

Ese sentimiento de maravilla pura había sido destruido en él, tiempo atrás, durante la última excavación que realizó para su universidad. David había notado que, con cierta frecuencia, circulaban vehículos sospechosos por aquel lugar. El nerviosismo de sus colegas se salió de control cuando, en vez de excavar los huesos de un dinosaurio, desenterraron restos humanos: habían descubierto una fosa clandestina.

Un día después de haber alertado a las autoridades, un grupo de narcotraficantes armados llegaron en camionetas y dispararon al aire para correrlos del sitio. Nadie resultó herido, sin embargo, lo perdieron todo: herramientas, electrónicos, peor aún, el patrocinio que su *alma mater* les había provisto.

Esa parte del desierto mexicano había sido una zona protegida durante la guerra contra el narco. Se suponía que lo peor del conflicto había quedado en el pasado, pero la lucha territorial continuaba detrás de cámaras.

Ansioso por regresar a trabajar después de cierto tiempo, David logró conseguir el apoyo de un excéntrico coleccionista, a quien había convencido de que comprar fósiles, por más espectaculares que fueran, jamás podría compararse con poner su nombre en la designación cien-

tífica de una nueva especie prehistórica. ¿Un dinosaurio que llevara tu propio nombre? Eso tenía precio.

Fue así como se hizo de un equipo de cinco personas que ahora trabajaba con él en la excavación de un espécimen único en el país. Los americanos Kate y Jason limpiaban las garras mortíferas del animal. Recién incorporados en esta temporada, ellos eran los más nerviosos en cuanto al riesgo de trabajar en México, aunque, después de varias semanas sin un solo incidente, estaban tranquilos.

El francés, Alexandre, trabajaba sobre la caja torácica y la columna vertebral. Miguel ayudaba a descubrir la cola, mientras que Charlie, amigo de David desde su época de estudiante de paleontología en los Estados Unidos, y el único que no era científico, documentaba la excavación con múltiples cámaras.

—Este hallazgo va a cambiar nuestras vidas —dijo David en perfecto inglés, mientras cepillaba el polvo de las mandíbulas—. Se los dije desde el principio.

El grupo trabajaba en silencio.

—Miren el cráneo, estos bordes arriba de los ojos. No había visto algo así antes. Si a esto le sumamos la curvatura más estrecha de la cadera, me parece que sí podría ser una especie diferente.

—Eso es lo que quieres ver —dijo Jason—. Aún falta investigar más y hacer comparaciones exactas. Estamos lejos de llegar a esa conclusión.

—David, ven a ver esto —dijo Alexandre, con un tono de ansiedad en su voz.

—Dime que encontraste marcas de plumaje, por favor. Es lo único que nos falta para que este fósil sea perfecto.

—No exactamente.

Antes de que pudiera levantarse, Charlie ya apuntaba con su cámara. Alexandre había cubierto parte del fósil con un pedazo de tela, lo que provocó la curiosidad de todos.

—¿Qué es, Alex?

—Al parecer encontré un... —Hizo una pausa mientras escogía las palabras adecuadas—. Algo inesperado en la roca debajo de la columna vertebral.

—¿Restos de lo que comió antes de morir? —dijo Kate.

—Eso no sería tan inesperado. Pero esto, sí lo es.

Todos los ojos estaban puestos sobre el paño de tela. Alexandre lo removió y reveló un pequeño objeto que parecía hecho de un brillante metal color negro que contrastaba con el café y amarillo de la roca.

Un escalofrío recorrió la espalda de David. Regresó el miedo de aquella última vez. Secó el sudor nervioso de las manos en sus jeans, se quitó el sombrero y se acercó para verlo mejor.

—¿Qué es? No me dejan ver —dijo Miguel desde atrás.

—No lo sé. Es un metal, lo extraño es que esté incrustado aquí en la misma roca que el fósil —dijo David.

Si el objeto extraño resultara haber sido enterrado por alguien más en ese mismo lugar, entonces su mayor descubrimiento habría sido contaminado. El lente de la cámara chocó con su cara.

—Déjalo respirar, Charles —dijo Miguel.

Charlie se movió un poco atrás para enfocar tanto a él como al fósil.

—Esto no me gusta —dijo Jason—. ¿Qué tal si son armas que los narcos escondieron aquí?

—Les dije que este lugar no era seguro —musitó inquieta Kate.

—Tranquilos —dijo Alexandre—, no es una pistola.

—Miren cómo el metal está incrustado entre la roca y las costillas petrificadas —dijo David—, es parte integral del fósil. Primero tendremos que extraerlo y enviarlo a analizar; necesitamos saber qué tipo de metal es.

David sacó una lupa para estudiar la pieza metálica por un minuto.

—Miguel, pásame las pinzas, parece ser una pieza más grande.

Trató con ellas de extraer el objeto, pero no pudo moverlo. Tomó un pequeño pico y un martillo y logró descubrirlo un poco más. Cuando sopló el polvo, notó que la superficie del metal era lisa y brillante, con una notoria curvatura. Su aspecto era más parecido a una pieza fabricada que a un mineral natural. Nunca había visto algo así.

—Charlie, dame la otra cámara.

David tomó la cámara y disparó una docena de fotografías antes de remover el sedimento. Por un instante, recordó los sonidos de las ametralladoras y el pánico mientras corrían para escapar con vida aquel fatídico día. Se levantó y decidió tomar unos segundos para despejar su mente. Los demás estudiaban el objeto sin tocarlo. Kate volteaba a los alrededores. Charlie no dejaba de grabar cada instante.

—Vamos, Alex, tú hiciste este hallazgo —dijo al regresar—. Hay que sacarlo de aquí, ayúdame a trabajar esta parte.

Alexandre reunió sus herramientas y se acostó a un lado de él. Al cabo de unos minutos se dieron cuenta de que la pieza era más grande de lo que habían previsto. El objeto estaba hundido en un ángulo y tenía una forma irreconocible. Los temores de la inseguridad quedaron atrás. Todos trabajaron por tres horas continuas. Olvidaron los riesgos, olvidaron comer, no pararon hasta que lograron desenterrar la pieza entera.

David quedó aún más sorprendido cuando, al remover el sedimento que cubría el metal y cargarlo con sus manos, confirmó su peso considerable y, al observarlo por el lado opuesto, podían apreciarse una serie de marcas extrañas, quizá rasguños, a lo largo de la superficie.

Esta vez no se quedaron callados.

—Charlie, ¡acércate! Enfoca la cámara aquí.

David hablaba con su voz de narrador para los videos que suben a su blog.

—Miren su forma. Miren estas marcas bien definidas. Su aspecto parece tener una intención. Este objeto no fue enterrado por alguien. Tampoco es un simple mineral producto de un accidente de la naturaleza.

—¿Crees que sea parte del meteorito que causó la extinción de los dinosaurios?

—No seas ridículo, Charlie —dijo David—. ¿Cómo va a ser posible que sea un pedazo del asteroide? Estamos a poco más de mil kilómetros de Yucatán. A esta distancia, toda la vida, plantas y animales ardieron minutos después del impacto.

—Además, el asteroide entero se fundió instantáneamente en minúsculos fragmentos cristalizados que se esparcieron por casi todo el mundo —dijo Alex—. La energía creada por el impacto fue 10 billones de veces más intensa que la de Hiroshima, así que imagínate.

—Vean bien esto —dijo David—. Explíquenme estas marcas, parecen como talladas sobre el objeto. Esto no es de origen natural. Su forma parece deliberada, como diseñada por alguien.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jason.

—Que este objeto no proviene de aquí, sino de otra parte —dijo Charlie, tratando de adivinar.

—¿De otra parte? ¿Quieres decir...?

—¿Extraterrestre? —dijo Charlie.

—¡Por favor! —dijo Jason—. No estoy de acuerdo con especular así, y menos frente a la cámara.

—Si somos sólo nosotros en el universo, sería un terrible desperdicio de espacio, ¿no creen? —dijo Charlie en voz baja.

—¿Vas a citar a Carl Sagan? —dijo Kate, en su acento americano marcado.

David prefirió no responder para dejar que unos segundos de silencio lograran inquietar al resto del equipo. Charlie siempre lograba meter referencias de ciencia ficción en cualquier conversación. En esa ocasión, la sensación de descubrimiento era tan fuerte como para ignorar cualquier posibilidad.

—Quizá tenga que ver con la ola de avistamientos de ovnis que se ha reportado en el último año —continuó Charlie.

—¿De qué hablas? —dijo Alexandre.

—¿Qué no han visto las noticias? El Pentágono aceptó que, no sólo los ovnis son un fenómeno real, sino que tienen una agencia especial para estudiarlos. Además, la NASA dijo que habían detectado vida extraterrestre en, al menos, tres planetas que ellos mismos descubrieron.

—No te pongas al nivel de los videos que ves en YouTube —dijo Jason—. La NASA nunca confirmó con certeza la existencia de vida extraterrestre. Lo que dijeron el año pasado fue que había una alta probabilidad de que habrían identificado la presencia de frecuencias biológicas al analizar la atmósfera de esos planetas.

—Para comprobarlo tendrían que enviar sondas espaciales —dijo Alexandre—, y de aquí a que reciban una respuesta, si algún día las sondas llegaran a su destino, ni tú ni nosotros estaremos vivos para saberlo.

—La pregunta que nos debemos hacer es —dijo Kate—, ¿cómo será posible que un objeto como este coincida en la misma capa geológica que el fósil?

Después de unos segundos sin respuesta, Charlie continuó con su especulación.

—Entonces, si no es de origen extraterrestre, de seguro proviene de aquí mismo. ¿De otra época?

Jason, de nuevo, interrumpió exasperado.

—¿Ahora vas a salir con viajes en el tiempo, McFly?

—¡Esto es serio! —dijo Miguel con disgusto.

—Existe la posibilidad de que alguna especie, en su pleno apogeo, haya desarrollado la habilidad de utilizar objetos como herramientas, ¿no?

—¿Dinosaurios inteligentes? —dijo Jason—. Esto está cada vez peor. Por favor, dejen de grabar.

—¡No lo digas de esa manera! Dame algo de crédito. Hoy hay simios, delfines, pulpos y otras especies que son capaces de hacer uso de herramientas, ¿cierto?

—Una cosa es tener un grado de inteligencia como para utilizar un objeto como herramienta, otra es implicar que este animal fabricó la suya. Esto no es un simple palo de madera que tomó del suelo.

—Calma, por favor —interrumpió David—. Aceptan, entonces, que el objeto tiene un diseño inteligente, ¿correcto?

—Somos científicos, ¡paleontólogos! —insistió Jason—. No puedo creer que especulemos de esta manera.

—De acuerdo —dijo David y pidió reanudar la grabación—. No saltemos a las conclusiones, pero tampoco podemos hacer a un lado la evidencia que hemos encontrado. Lo que tenemos aquí es un objeto metálico, con una forma no natural, claramente diseñado por alguien, o por algo. Con una curvatura específica y marcas que siguen el contorno de la misma.

—No podemos confirmar un diseño inteligente, así nada más —dijo Alexandre en apoyo a Jason.

—Habrà que analizarlo con más cuidado —dijo Kate—, pero me parece que estas marcas son más bien dentelladas del raptor. Mírenlo bien.

—Interesante —dijo David—. Creo que tienes razón. Entonces, es un hecho que esta pieza metálica la encontramos incrustada en la misma roca que nuestro dinosaurio, en el área que ocupaba su abdomen. ¿Será posible que tanto el objeto como el dinosaurio hayan existido al mismo tiempo y que, además, este se lo hubiera devorado y, por consecuencia, haya perecido días después?

—Ambos estaban en la capa del límite entre los periodos Cretácico y Paleógeno, en el mismo desierto en el que otros paleontólogos han excavado decenas de especímenes —señaló Miguel.

—Coincido con Jason —dijo Alexandre—. No me gusta a donde nos quiere llevar esta conversación.

—Lo que necesitamos hacer es llevar la pieza al laboratorio de Ana para examinarla con sus equipos —dijo David—. Le pediré que nos haga un análisis de composición de materiales.

—David —interrumpió Miguel—. Alguien te llama.

El teléfono, olvidado en el suelo, vibraba cerca de las mandíbulas del dinosaurio. Al ver en la pantalla quién le hablaba, temió lo peor.

—¿Mamá? ¿Está todo bien?

Sintió sus ojos llenarse de lágrimas. Con esfuerzo, logró contenerlas.

—Entiendo, iré para allá en cuanto pueda. Sí, llegaré esta noche.

—¿Qué pasó? —dijo Charlie.

—Mi abuelo —murmuró.

Charlie se acercó a él y le dio un abrazo. Los demás expresaron sus condolencias. Su abuelo, con quien tenía una gran cercanía, luchaba contra el cáncer y había estado en cama los últimos meses.

—Necesitamos terminar de excavar el fósil entero y mantenerlo en una sola pieza —dijo David al equipo—. Ya tengo reservadas la grúa y el camión para transportarlo, sólo hay que confirmarles el día.

—De acuerdo —dijo Kate.

—Miguel, toma la otra cámara y documenta el resto de la excavación.

David recogió sus cosas. Con un cuidado casi religioso, envolvió el objeto metálico en gasas y lo colocó en una de las cajas de madera que usaban para transportar restos fósiles.

—Charlie, ¿me acompañas? Trae tu laptop y la memoria de la cámara, por favor.

David tomó su teléfono móvil para hacer una llamada. Ana contestó al primer timbrado y su voz lo reconfortó.

—Espéranos ahí, llegaremos antes de que cierres. Necesito de tu ayuda para analizar una pieza de metal, quiero saber qué elementos lo conforman.

—¿No se supone que deberíamos ir al funeral de tu abuelo? —dijo Charlie cuando terminó la llamada.

—No vamos a tardar mucho. Además, necesito pasar por el departamento y bañarme.

Charlie tuvo la prudencia de concentrarse en conducir y no hacer más comentarios. Pasaron treinta minutos sin hablar hasta que David suspiró con fuerza.

—Tienes razón, extraño a Carl Sagan.

—Pensé que ibas a decir algo de tu abuelo.

—Él sí era un científico sin miedo a hacer preguntas.

—¿Qué preguntas? ¿De qué hablas?

—¡Las que realmente importan! ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué sentido tiene esta vida?

David cerró sus ojos y se sintió solo. Su abuelo fue quien lo motivó a dedicarse a la paleontología, a pesar de lo que decía su padre. Y si recordaba bien, fue tam-

bién quien le enseñó el programa *Cosmos* de Carl Sagan en la televisión.

—¿Por qué ya nadie se hace esas preguntas? Por eso decidí ser paleontólogo, ¿sabías? Para descubrir de dónde venimos. No para cumplir los caprichos de un coleccionista.

Charlie seguía sin responder.

—No entiendo a los demás, a Jason en particular. ¿Por qué se cierran tanto? ¿A qué le tienen miedo?

—No es que tengan miedo a hacer preguntas. Es que te ven saltar a conclusiones extraordinarias, sin hacer las investigaciones pertinentes que un científico como tú debe hacer. Eso déjame a mí.

—Necesitamos esto, Charlie.

—Lo sé.

—El fósil está perfecto y por sí solo es un gran descubrimiento. Si resultara ser una nueva especie, volveré a ser alguien en el campo de la paleontología.

—No estamos tan mal.

David volteó a ver la ciudad por la ventana, observó las calles sucias, los inmigrantes pidiendo limosna en los semáforos y sintió una frustración profunda.

—Estoy harto de este lugar, no es donde quiero estar.

—¿Cómo? Si aquí naciste. A mí me encanta Monterrey; mira nada más esas montañas.

—Ya sabes a qué me refiero. No quiero trabajar por el resto de mi vida como recolector de piezas para adornar las casas de los ricos.

—Pero nos da todo lo que necesitamos.

—No me gusta cómo nos trata y se cree que tiene derecho a todo lo que se le antoja. ¿Te dije que ahora quiere un cráneo de tiranosaurio para su nueva oficina?

—¿Qué quieres, entonces?

David tomó la caja de madera y removió la tapa, sacó el objeto y sintió el metal frío en sus manos.

—Esto puede cambiar nuestras vidas. Si logramos descifrar su origen, podríamos cambiar el mundo.

—Tómalo con calma. Este misterio estuvo oculto por millones de años, quizá nunca encontraremos una explicación.

Tardaron un par de horas desde que salieron de la excavación hasta cruzar la ciudad con todo el tráfico. Al estacionarse frente al laboratorio de Ana, la encontraron esperándolos. Ella lo recibió con un fuerte abrazo.

—Siento mucho lo de tu abuelo. Sé que lo estimabas mucho.

—Gracias —la saludó con un beso en la mejilla—. ¿Cómo supiste?

—Charlie me textó mientras venían para acá.

David no quería perder el tiempo y cambió de tema.

—Te traigo esta pieza que quiero que analices con tu equipo.

Entraron al laboratorio, Ana tomó el objeto y, con sus dedos, recorrió su forma.

—Está pesado. ¿Qué es? ¿Dónde lo encontraron?

David miró a Charlie, sin responder a la pregunta.

—Quiero identificar de qué metal está compuesta la pieza y ver si coincide con una teoría que tengo. ¿Puedes traer la pistola?

—¿Pistola? —dijo Charlie.

—Es un analizador XRF, fluorescencia por rayos X —dijo Ana mientras iba por el dispositivo guardado en el interior de su laboratorio.

David encendió las lámparas de la mesa de trabajo. Ana regresó con el analizador y lo apuntó al metal durante varios segundos, hasta que la computadora en el escritorio a su derecha emitió sonidos de confirmación.

—Es una aleación de varios materiales —dijo Ana mientras leía el reporte—. En su mayor parte compuesta de iridio, casi 85%. También un 8% de osmio, casi 5% de níquel y...

—¿Qué significa esto? —dijo David, señalando unos datos en el monitor que le parecieron extraños.

—No sé —dijo Ana—. Hay un cuarto elemento, aunque en menor concentración, que no se puede identificar.

Ana revisó una vez más la información en pantalla.

—Nunca había visto algo similar. ¿Dónde obtuviste esta cosa?

—Lejos de aquí. Pero, Ana, aún no puedo hablar de esto. Déjame investigar un poco más y regreso contigo. Muchas gracias por tu ayuda. Eres un ángel por habernos esperado hasta tan tarde.

—¿Ya te vas? ¿Quieres que te acompañe al funeral?

—Gracias, Charlie irá conmigo.

—Entonces, invítame a cenar otro día.

—De acuerdo —dijo David de espaldas, sin voltear a verla.

Al llegar al departamento que compartían ambos, se fue directo a su regadera. Mientras se bañaba con agua

caliente, ponderaba las ideas, un tanto absurdas, que Charlie había propuesto en la excavación. ¿Por qué existiría un objeto metálico, fabricado por una inteligencia avanzada, al mismo tiempo que los dinosaurios? Y más aún, ¿en el preciso momento geológico de la extinción masiva? ¿Por qué la coincidencia?

Después de vestirse, se sentó en el escritorio y abrió su computadora. Las miles de opciones en el motor de búsqueda lo tenían concentrado cuando Charlie salió de su habitación.

—¿Qué haces? ¿Qué no debemos irnos ya?

—Dame un momento. Sólo contigo puedo hablar de estas cosas.

—¿Estás pensando en extraterrestres? Porque yo no puedo pensar en otra cosa.

—No lo sé, tengo varias teorías. Si acaso lo fueran, ¿qué harían esos seres en aquella época? ¿Habrán tenido que ver con la extinción masiva? ¿O estarían tratando de evitarla?

—David, te veo y no te reconozco, ¿en qué momento decidiste aceptar que civilizaciones extraterrestres cruzaron la galaxia para venir a este insignificante planeta?

—Charlie, me conoces bien. En el fondo, siempre he tenido una debilidad por creer en la vida extraterrestre. Acuérdate, mi tesis en Berkeley fue sobre el posible origen extraterrestre de la vida en nuestro planeta.

—Lo sé. Una cosa es creer en la posibilidad matemática, probabilística, de que existan otras formas de vida en algún rincón de este infinito universo. Otra es creer en alienígenas de color verde y ojos grandes que vinieron a colonizar la Tierra. Eso es algo que diría yo, no tú.

David le dio la espalda y conectó la memoria para bajar las fotografías que habían tomado esa tarde. Ab-sorto en sus pensamientos, tecleaba rápido en su computadora.

—No se te ocurra subir algo así nada más. ¿Dónde está eso de investigar más antes de divulgar algo? Hace menos de una hora se lo dijiste a Ana. Cometerás un error si sacas esto a la luz sin tener más evidencias que soporten tus teorías.

David tecleaba en su blog sin responderle.

—¿Sabes qué? Se nos hace tarde para el funeral. No evadas el dolor, sé que querías mucho a tu abuelo.

Charlie colocó una mano en su hombro y, con paciencia, lo convenció de salir rumbo al funeral.

Capítulo 2

Yucatán, México

David amaba la tranquilidad que sólo el silencio podía traer. En esa playa solitaria que pocos turistas visitaban, caminaba descalzo por la arena bajo una puesta del Sol con el mar en completa serenidad.

Siempre ha disfrutado de su propia compañía. El silencio le permite pensar en sus preguntas, en sus sueños, le permite conectarse con su verdadero ser y propósito en la vida: la búsqueda de la verdad.

Caminó unos pasos, se agachó y tomó del suelo un puño lleno de arena; más que arena, eran miles de pequeños fragmentos quebrados de conchas de mar. Cuántos miles de millones de criaturas habrían muerto para llenar de arena esa playa, se preguntó.

Una mañana cálida, cuando tenía ocho años, encontró en el rancho de su abuelo una concha petrificada en una roca gris. Aquel primer fósil que descubrió era idéntico a una ilustración en un libro que su abuelo le había

regalado, lleno de dibujos de dinosaurios y otros animales prehistóricos.

Al mostrarle aquel fósil, su abuelo le explicó que, en esa colina desde donde admiraban su granja de nogales, podría encontrar miles de esas rocas. El pequeño David corrió en busca de más fósiles y no tardó mucho en encontrarlos.

Se convirtió en una obsesión regresar a su casa a leer y releer aquel libro acerca de la vida en la Tierra, y le rogaba a su abuelo que lo llevara cada fin de semana al rancho para buscar más fósiles. Tal vez algún día podría encontrar un dinosaurio completo, pensaba.

Una sonrisa se le dibujó al recordar a su abuelo fallecido y volvió a admirar la puesta de Sol. Se sentó en la arena. Una lágrima brillaba en su ojo. Sus pies tocaban la orilla del agua.

Estaba en una playa cerca del puerto de Chicxulub, un pueblo ubicado en el epicentro de lo que fue el sitio del terrible impacto del asteroide que exterminó no sólo a los dinosaurios, sino a tres cuartas partes de todas las especies que existían entonces en el planeta. El cráter que se formó es tan grande que la parte noroeste de la península de Yucatán cubre sólo la mitad de su extensión. El paisaje es plano y poco característico, con una jungla que se extiende en todas las direcciones. Escondidos entre la vegetación, se encuentran cientos de hoyos profundos, llamados cenotes, que conectan un enorme sistema de ríos subterráneos, creados hace millones de años por el suave suelo que quedó después de la destrucción provocada por el asteroide.

En esta tercera vez que visitaba Chicxulub, intentaba aliviar un poco el dolor de la pérdida de su abuelo. Buscaba distraerse en medio de esa bella playa olvidada, entre las ruinas descuidadas de una pequeña estructura maya. Admiraba el atardecer para inspirarse con una sensación evocada de la energía remanente del impacto de aquella roca que, desde algún rincón del espacio exterior, viajó distancias inimaginables, ajena a que pudiera significar el fin de todas las cosas en esta esquina del universo.

Siempre le había sido interesante pensar en cómo un asteroide es capaz de iniciar la vida en un planeta y terminarla en otro. La teoría de la panspermia propone que asteroides, cometas y hasta naves espaciales pueden albergar formas de vida microscópicas, quizá congeladas en un largo sueño que, al colisionar con un planeta virgen, pudieran despertar y, entonces, comenzar el proceso de evolución.

Es posible que así haya sido como la vida comenzó aquí en la Tierra y, tal vez, pudiera ser la forma en la que algún día termine. La vida encuentra su camino, diría Charlie en la voz del doctor Ian Malcolm, aun después de varios eventos de extinción en el pasado. Los dinosaurios no tuvieron tanta suerte, pero sus cenizas abrieron paso a millones de formas de vidas futuras, inclusive a los seres humanos.

Después de que el Sol se ocultó tras el horizonte, se levantó y se dirigió a su camioneta rentada. Sacó su laptop para escribir una entrada en su blog. No era un blog conocido, sabía que sólo sus amigos y colegas leían sus escritos de vez en cuando. El tiempo se esfumó mien-

tras escribía acerca de la panspermia y el origen de la vida, hasta que se dio cuenta de que había anochecido.

Manejó de regreso a su pequeño hotel en Chicxulub, puso su laptop en la mesa y trató de conectarse a internet. En su teléfono tenía varios mensajes que no había querido responder. Charlie le decía que la excavación progresaba más rápido de lo esperado y que debería regresar a más tardar el lunes.

Aún tenía tres días completos antes de tener que volar de regreso a Monterrey y no serían para disfrutarlos tirado bajo el Sol. Temprano al siguiente día se iría de buceo a uno de los cenotes que en su viaje anterior le habían recomendado. Sabía que era inútil, pero necesitaba distraerse y, en su fantasía, soñaba con encontrar rastros del asteroide escondidos en el sedimento acumulado después del impacto, en los contornos de las profundas paredes del cenote.

A la mañana siguiente, Juan lo esperaba en el vestíbulo del hotel, un servicial lugareño que podría llevarlo a cualquier lugar, por más remoto que fuera. Muchas de las ruinas mayas y cenotes más interesantes estaban cerrados al público. Algunas veces, ni sus credenciales de paleontólogo le eran suficientes para permitirle la entrada a esos lugares aislados. Para Juan no era impedimento, él sabía cómo moverse y, dado que era miembro de la comunidad indígena, la gente confiaba en él. Más que eso, David siempre cuidó de ser agradecido con Juan y con toda persona con la que trataba, les regalaba comida o algo de ropa a cambio.

—¿Listo, don David?

—Sí. ¿Está todo bien en el cenote?

—Así es. Ya lo esperan —dijo con su característico acento yucateco.

David le entregó las llaves de la camioneta y se subió al asiento del pasajero, mientras Juan cargaba todo el equipo de buceo en la cajuela.

Siempre ocupado, David tecleaba en su laptop otra entrada para su blog que subiría esa misma noche después de regresar del buceo. El traslado hasta el cenote tomaría unos noventa minutos, ya que se ubicaba al este de la ciudad de Mérida, de camino hacia las ruinas de Chichén Itzá. Escribió acerca de la inmersión que haría ese día, de cómo buscaría rastros de elementos que hubieran formado parte del asteroide que extinguió a los dinosaurios. ¿Habrá venido de más allá de nuestro sistema solar? ¿Habrá sido un cometa vagabundo proveniente del cinturón de Kuiper, o el resultado de alguna catástrofe de algún planeta primordial?

Juan interrumpió su concentración cuando salieron de la autopista para entrar a un camino de terracería en medio de la jungla. Diez minutos después encontraron a un niño sentado sobre una cubeta de plástico volteada. El niño miró a Juan, se fue directo a la ventana de David, le dijo algo en un dialecto y le extendió la mano. David volteó a ver a Juan.

—Don David, este es Vicentito. Él cuida la puerta, es su trabajo. Usted le da propina y él la abre.

De su bolsillo sacó unas monedas y se las dio al niño; pensó que no podría tener más de diez años de edad. Con una gran sonrisa, Vicentito corrió para abrir la reja oxidada y los dejó entrar. Condujeron otros cinco mi-

nutos más por el camino y llegaron a una choza vieja. Un anciano se encontraba sentado en una silla de plástico, tenía la mirada lejana, inconsciente de su llegada. A un lado, la esposa del anciano preparaba comida en un comal y, por el aroma, supuso que era cochinita pibil; tenía tiempo de no probarla y el olor le hizo sentir hambre.

Mientras Juan hablaba con el anciano en su propia lengua, David sacó una bolsa de ropa que había llevado desde Monterrey y se la presentó a la señora. El anciano se levantó de su silla con sorprendente agilidad y, sin ofrecer una palabra o una sonrisa, los hizo seguirle. Juan se dispuso a descargar el equipo y David caminó detrás del anciano varios metros por la jungla. Al llegar al sitio encontró una pequeña abertura en el suelo. Aquel no era un lugar turístico, por lo que el cenote no tenía escaleras o iluminación. Un par de cuerdas para escalar estaban sujetadas de una roca y colgaban por el hoyo.

Juan llegó con el equipo de buceo junto con Vicentito, quien le ayudaba a cargar algunas piezas.

—Juan, pásame la linterna, por favor.

Si fuera mediodía, el Sol emitiría un rayo de luz brillante por el agujero e iluminaría la cueva del cenote, pero aún era temprano para ello; así que prendió su linterna y vio que la superficie del agua estaba a unos quince o veinte metros abajo y, si su información era correcta, pudieran ser otros veinte metros más de profundidad bajo el agua.

Regresó para vestirse con el traje de buceo para soportar la baja temperatura del agua, mientras Juan colocaba el equipo en una canastilla de metal y la sujetó a una de las cuerdas.

Cuando descendió a la superficie interior del cenote, esperó a que Juan bajara la canastilla de herramientas con la segunda cuerda. Una vez en el suelo, la colocó en la parte oeste de la cueva. Encendió dos lámparas led, las acomodó en el suelo para iluminar la cueva y comenzó el ritual del buzo. Revisó el tanque de oxígeno, verificó el regulador y su reloj, se colocó las luces, cinturón, herramientas y, por último, se puso las aletas y el visor.

Antes de ponerse los guantes, tocó el agua helada del cenote. David prefería las aguas tibias del Caribe, pero, sin titubear más, inició la sumersión.

El agua era tan clara que no hubiera querido perturbarla. Unos cuantos peces se alejaron mientras continuaba su descenso y, cuando vio que estaba a una profundidad de cinco metros, se movió hacia la pared. Se sintió culpable de dañar las paredes del cenote. Tenía que extraer algunas piezas con su taladro con broca de diamante, diseñado para usarse bajo el agua, y tomar muestras de la roca a diferentes profundidades. Cada muestra la guardaba dentro de un tubo y las colocaba en una bolsa sujeta a su cinturón.

El fondo era impresionante y la luz de las lámparas bailaba sobre el suelo con hermosos tonos verdes y azules. En las paredes hacia el este, notó la abertura oscura de un río subterráneo que alimentaba el cenote. Tuvo que contener su impulso de ir a explorar la caverna.

Con poco aire, alcanzó la superficie ochenta minutos después de haberse sumergido. Se quitó la máscara, nadó hasta la orilla y se sentó en el suelo. Se retiró el equipo y empacó las muestras junto con las herramientas. Alzó

la voz para llamar a Juan y pedirle que jalara la cuerda y sacara la canastilla del cenote.

Una vez afuera de la cueva, regresó a la camioneta y se tomó un momento para darle un vistazo a las muestras. Cada tubo estaba etiquetado y en la muestra marcada con veinticinco metros de profundidad notó un material oscuro.

Sabía que las muestras del cenote tomadas a tan poca profundidad serían inútiles para sus estudios. Al menos, la inmersión le permitió concentrar su mente en otra cosa y no pensar en su vida, en su abuelo, ni en nadie más.

Hambriento, después de un buen día de trabajo, caminó de regreso con Juan hacia la choza con la pareja de ancianos, saboreando la cochinita pibil que olía mejor que nunca.

Esa noche, bebía su tercera cerveza en un bar en la playa de Chicxulub. En sus manos frotaba uno de los pequeños cilindros de roca que extrajo del cenote. Con el cambio de música, volteó a su alrededor y vio llegar a un grupo de personas que se sentaron a tres mesas de distancia.

—¿David? —dijo uno de ellos.

Se talló un ojo para tratar ver mejor y reconoció la cara.

—¡Ethan!

—Qué gusto verte, David. Ha pasado mucho tiempo.

—¿Qué te trae por México? ¿Vienen de vacaciones?

—Ya quisiera —dijo Ethan y se sentó junto a él.

—Llevamos casi dos meses aquí, en una expedición del mar. Ya casi terminamos, o más bien, ya casi se nos acaba el presupuesto.

—¿En el mar?

—¿Recuerdas aquellas discusiones que teníamos con el doctor Kessler sobre el asteroide? Qué tan fuerte fue el impacto, qué pasó después. Bueno, estamos excavando en el fondo del mar, en el centro exacto del cráter de Chicxulub.

David sintió un vacío en el estómago, a pesar de haber comido un aguachile de camarón y beber más de dos cervezas. Ethan le relataba cómo su expedición había excavado rodillos de roca a cientos de metros de profundidad para comparar la composición del suelo en diferentes capas geológicas. El vacío no era de hambre, era de envidia.

—Esta mañana pudimos cruzar la barrera de los mil doscientos metros. Nuestro objetivo era llegar a los mil quinientos, pero como te digo, se nos acabó el tiempo y el dinero.

Sin hacérselo evidente, escondió en su mochila el pequeño cilindro de roca del cenote y, para tratar de enmascarar su vergüenza, le hizo preguntas.

—¿Qué equipo utilizaron para excavar a esa profundidad?

—No lo vas a creer. Nos dieron una plataforma marina completa. Es enorme. Tenemos una perforadora industrial y varios laboratorios instalados en donde analizamos las muestras minutos después de haberlas extraído.

Por un lado, reconocía y aceptaba el sentimiento de envidia que lo había asaltado, pero por el otro, no podía evitar sentir el calor que invadía su cuerpo.

—¿Y qué encontraron?

—Eso es lo mejor. Para cualquier escéptico que pudiera quedar en alguna parte, tenemos evidencia incontrovertible del asteroide, del tsunami más grande que haya conocido la Tierra y de las increíbles fuerzas que vaporizaron toda esta zona en ese primer instante después del impacto. ¡Todo eso está grabado en la roca!

David ya se quería ir. Tomó la botella de cerveza y bebió el resto del líquido en un solo trago.

—Hemos invertido millones de dólares —continuaba Ethan—. Hasta tenemos un equipo de filmación que nos ha acompañado durante toda la expedición. ¡Vamos a salir en la televisión!

La envidia se tornó en ira, no contra su amigo de la universidad, sino consigo mismo. Años perdidos desde que se tuvo que regresar a México y dejó atrás sus investigaciones en la Universidad de California, en Berkeley. A su padre le habían detectado un tumor y murió seis meses después. Cuando trató de volver a los Estados Unidos, tuvo problemas para renovar su visa por las restricciones del nuevo gobierno. A cambio de ello, logró conseguir que la universidad le financiara un proyecto de excavaciones en Coahuila. Estas duraron cerca de un año, hasta que tuvo aquel escalofriante encuentro con el narco. La universidad dijo que congelaría los fondos de las excavaciones y, desde entonces, no le tomaban ni sus llamadas.

Ya no soportaba más las historias de Ethan, no podía seguir perdiendo el tiempo. Se despidió de él y, apenas salió del bar, le marcó a Charlie.

—¿Cómo estuvo el cenote? —dijo al contestar la llamada.

—Me regresaré mañana a Monterrey.

—¿No te faltaban dos o tres días más?

—Ya tengo lo que necesito. Mira, Charlie, después de esta excavación, no quiero que volvamos con Garza-Walsh.

—¿Por qué? Tenemos compromisos con él.

—Necesitamos encontrar la manera de regresar a California, no podemos seguir distraídos en excavar adornos para casas de ricos.

Tan pronto llegó a su habitación en el hotel, se sentó de nuevo en el escritorio, abrió su laptop y abrió una nueva entrada en su blog. Sin levantarse de la silla, estiró el brazo hacia la cama para tomar su mochila y sacar el objeto de metal. Lo colocó a un lado de la computadora y lo observó con la luz de la lámpara. Las muestras del cenote quedaron olvidadas en la bolsa.

Inició su artículo con el tema de la panspermia que había publicado el día anterior. Se atrevió a filosofar sobre origen y destino, principio y fin, sobre el inicio de la vida y la extinción de la misma. Entre los párrafos insertó unas fotografías de la excavación que había editado durante el vuelo a Yucatán.

Miró por la ventana hacia la playa, iluminada por la Luna. Pensó que no había lugar más apropiado que Chicxulub para presentar al mundo el descubrimiento de un dinosaurio en Coahuila, en cuyo abdomen se encontró un extraño objeto de metal de una forma y procedencia inexplicable, y que existió en la misma época de la extinción de los animales más asombrosos que jamás hayan pisado el planeta.

Esa noche podría ser uno de los momentos definitivos de su vida, fantaseaba David. De seguro recibiría

cuestionamientos de la comunidad científica, pero con tantas noticias de avistamientos extraños en los últimos meses, pensó que no debía temer a especular un poco.

Una entrada en su blog no sería suficiente. Necesitaba lograr que lo volvieran a tomar en cuenta y, para llamar la atención, tendría que publicar un video que se volviera viral. Cerca de las cuatro de la mañana, presionó el botón para subir su video a las redes sociales.

Capítulo 3

San José, California

Victoria quería renunciar. Para muchos, trabajar en la agencia sería una fantasía hecha realidad; para ella, habían sido cinco años de frustraciones. Formar parte de esa organización era casi imposible, se necesitaba la invitación de alguien dentro o tener una habilidad excepcional en el mundo. En su caso, su abuelo era uno de los miembros más viejos del consejo. Retirado y con principios de demencia senil, éste era recordado por sus esfuerzos por formar la organización décadas atrás.

Victoria había terminado la lectura del informe de la mañana y pensaba qué más podría hacer, cuando a la derecha de su pantalla, apareció una notificación. Era el director que le pedía presentarse de inmediato en su oficina.

Con un golpe de esperanza, se levantó de su silla y se dirigió hacia el centro del piso en donde todos sus compañeros trabajaban en silencio, concentrados en sus propios monitores.

En los años que había trabajado para la agencia siempre había deseado tener más acción. Algo más interesante que pasar todos los días sentada haciendo investigaciones de escritorio.

Entrenaba todos los días, como siempre, no sólo porque era un requerimiento de su posición en la agencia, sino porque su cuerpo se lo exigía. Desde pequeña, se destacaba por su vitalidad desbordante y los años en las Fuerzas Armadas le formaron el hábito.

Nunca era llamada para asuntos de política, terrorismo, economía, salud o tecnología, que eran los grandes intereses de la agencia. Por el contrario, le asignaban todos los casos pequeños con los cuales nadie sabía qué hacer. Casos extraños, a veces increíbles, que casi siempre terminaban siendo fraudes.

La oficina del director era circular, posicionada un metro más arriba del suelo, con paredes de vidrio para observar el piso completo. La puerta estaba abierta, por lo que subió los escalones y dio un paso dentro de la oficina.

El director Miller le señaló con los ojos para que cerrara la puerta y presionó un botón en su escritorio que hizo opacar las paredes de vidrio con un tono blanco grisáceo; éstas ocultaron el interior de la oficina a los ojos de cualquier persona en el resto del piso.

Victoria sintió ansiedad en el instante en que se opacó el vidrio. La última vez que eso había sucedido, el director la había enviado a una investigación en campo y, aunque excitante, había resultado ser una embarazosa farsa. Al sentarse pensó en Bruce, el agente de campo en quien su director confiaba más y con quien

casi siempre llevaba a cabo sus reuniones tras vidrios opacos.

—Agente Collins.

—Buenos días, señor.

—¿Alguna actualización en el caso Georgetown-Kelley?

—No mucho, señor. Este individuo, Kelley, se ha mantenido en silencio durante los últimos quince días y su actividad en redes sociales no ha ido más allá de lo mundano. Las autoridades locales no confirmaron ninguno de los sucesos reportados por él y solicité a nuestro contacto en YouTube la eliminación de los videos. Reclamamos una violación a derechos de autor por la música de fondo que utilizó.

—Muy bien. Todo indica que el riesgo es nulo. Baje el caso de nivel y pídale a Anderson que el sistema continúe su monitoreo.

—De acuerdo, señor.

—Agente Collins, quizás este caso sea el más importante de su carrera.

Miller tomó una *tablet* de su escritorio.

—Señor, siempre me dice lo mismo con cada caso nuevo.

Miller se la acercó para que pudiera leer la pantalla. En ella había una fotografía de un hombre en sus treintas, con una mirada intensa. A un lado de la foto estaba la ficha técnica del caso, el cual ya tenía nombre.

—Caso Monterrey-Fernández. Treinta y tres años, mexicano, estudió aquí en California, en donde vivió cerca de diez años. Paleontólogo. Nada sobresaliente a lo largo de su carrera, sólo que hace dos días subió un

video que necesito que investigue a fondo. Quiero que prepare un análisis detallado. Según lo que nos arrojen los resultados, tendrá que irse a campo a profundizar en la investigación.

El director tocó un botón en la pantalla e inició la reproducción del video que mostraba una toma rápida de un paisaje árido y un grupo de personas tiradas en el suelo.

—Mire esto con atención.

Cinco personas trabajaban sobre el esqueleto de un dinosaurio. Seis en total, al contar a quien traía la cámara.

Ahí estaba David Fernández, lleno de polvo, concentrado sobre los huesos del cráneo. Una voz narraba la acción, hablaba sobre descubrimientos inesperados. La voz decía que el video mostraría el momento preciso en el que sucedió un descubrimiento que podría cambiar al mundo. Uno de sus colegas lo llamó y la cámara se movió hacia las costillas del fósil. La imagen mostraba un pedazo de tela que cubría algo en la tierra.

Debajo de la tela había un objeto que no coincidía en aspecto o color con el resto del fósil. La forma en la que reaccionaron al ver el objeto despertó la curiosidad en ella y de ahí en adelante se mantuvo cautiva hasta el final. Varias tomas mostraron la extracción de la pieza, que resultó ser una barra alargada de metal color negro. Después, el video mostró otras tomas del objeto desde diferentes ángulos y fotografías de cerca con detalles de unas marcas que, según la narración, podían haber sido ocasionadas por los dientes del dinosaurio. Al final, se quedó con un sentimiento extraño, después de oír a Da-

vid pedirle a la audiencia sus teorías sobre la procedencia del objeto.

—Señor —dijo con cautela—, esto me da la impresión de ser otra farsa.

—Agente Collins, ya sabe qué hacer. Tiene veinticuatro horas para presentarme el informe. Los detalles están en su bandeja. Gracias —y se volteó hacia su computadora.

Victoria cerró los ojos por un instante, se levantó y se dirigió hacia la puerta. El vidrio, de nuevo, era transparente. No era normal que el director le pidiera un informe detallado en tan poco tiempo, o al menos no para los casos que le eran asignados.

—Agente Collins —la detuvo en la puerta—, recuerde: hasta en las cosas más insignificantes podemos encontrar las verdades más grandes. Todo indicio de posibilidad tiene que ser investigado.

Siempre la misma rutina, pensó mientras salía de la oficina. Cada vez que tenía un caso nuevo oía las mismas palabras.

Al regresar a su cubículo, se encontró con Bruce de camino a la oficina del director. Atlético y de cara cuadrada, le sonrió al pasar a su lado.

—¿Cómo te fue con Miller?

—Igual que siempre —dijo sin detenerse.

—Te asignó una misión, ¿verdad?

Victoria lo miró, impaciente.

—Conozco tu cara, Vicky.

Cómo odiaba ese apodo. Dio media vuelta y, sin contestar, continuó hacia su escritorio. Al sentarse, miró hacia el centro del piso y alcanzó a verlo entrar antes de que el vidrio se opacara de nuevo.

En el tablero de su monitor ya le esperaba un mensaje del director con la autorización para acceder al caso. Al ingresar, la fotografía de David fue lo primero que apareció, con esa profunda mirada, atractiva hasta cierto punto. Después de unos segundos de analizarla pasó a revisar de nuevo la ficha técnica, un informe de tres páginas elaborado por William Anderson, uno de los analistas del departamento, en quien ella confiaba.

El informe contenía extractos de varios escritos de su blog, fotografías capturadas del video y un reporte de información personal extraída de sus perfiles en redes sociales.

Victoria reprodujo el video para verlo con mayor detenimiento, con especial atención en el comportamiento del paleontólogo y el resto de su equipo. Quería observar si sus reacciones eran genuinas ante el supuesto descubrimiento, así como durante la discusión de las diversas teorías que tenían sobre el objeto. La pieza de metal la hacía dudar. Tal vez, la habían plantado antes de grabar el video, o simplemente se trataba de una coincidencia que el metal se hubiera acomodado en el mismo sedimento que el dinosaurio. Lo más sorprendente del objeto, y la razón de que en ese momento su corazón latiera un poco más rápido de lo normal, era que portaba marcas de que el objeto había sido mordido por el propio dinosaurio, según lo afirmaba David en un escrito posterior, lo cual implicaba que había existido al mismo tiempo que el reptil.

Pasaron tantas horas mientras leía su blog, que olvidó ir a comer hasta que sintió su estómago rugir de hambre. Las ideas que la gente proponía en las redes sociales,

aunque algo absurdas, despertaron en ella sentimientos de asombro como cuando era niña. Después de haber leído las especulaciones de la procedencia del objeto, la presencia de iridio, el mismo material del que estaba formado el asteroide que extinguió a los dinosaurios, aceptó que había una pequeña posibilidad de que el objeto fuera auténtico. Quizás el descubrimiento era real.

Se levantó de su cubículo y fue por una taza de café. El calor del líquido logró tranquilizarla y se dirigió hacia el extremo oeste del edificio para buscar a Anderson.

—Will, ¿cómo estás?

El analista no respondía, estaba concentrado frente a su pantalla, resguardado bajo unos audífonos que le impedían oír cualquier cosa que no fuera su música. Lo tomó del hombro y él dio un salto de sorpresa en su silla.

—¡Agente Collins!

—¿Qué más me puedes decir de David Fernández?

—Que es un completo charlatán. La barra de metal es falsa y no sería la primera vez que alguien proclamara encontrar un objeto de supuesto origen extraterrestre. Me decepciona cómo la gente se deja llevar por la más estúpida de las noticias.

Victoria permaneció en silencio.

—¡No me digas que piensas que el objeto es real!

—Bueno, el paleontólogo, como persona, no me parece del tipo que busque engañar a la gente.

—No creo que lo haga para estafar a alguien, lo hace para ganarse publicidad, para conseguir dinero.

—Pero en tu informe no dices nada de problemas financieros. Sólo tiene el típico saldo en sus tarjetas de crédito. Fuera de ahí, no veo nada raro.

—De seguro está en busca de fondos para continuar con sus excavaciones o un nuevo patrocinador. Sólo mira para quién trabaja. Un coleccionista multimillonario.

—No creo que las universidades otorguen fondos para buscadores de alienígenas. No sería la mejor manera de impulsar su carrera; al contrario, ese tipo de instituciones se alejarían de él.

—Pero esto le atraería a otro tipo de gente, hasta con mayores recursos.

—Cambiamos de tema. Quiero profundizar en su perfil cibernético. El informe preliminar sólo tiene información sobre sus actividades en redes sociales. Necesito que hagamos una investigación más completa.

—Ya estoy por terminarla, me la pidió el director esta mañana.

Ella se quedó extrañada al ver que el director se le hubiera adelantado, pero no quiso dejar que Will se diera cuenta de ello.

—¿Y qué has encontrado de relevante?

—Los números han cambiado desde el evento, pero...

—¿El evento?

—Sí, mira, antes del día en que subió el video y publicó en su blog sobre alienígenas y dinosaurios, tenía 579 amigos en Facebook. Hoy tiene 134 solicitudes de nuevos amigos y no ha respondido a ninguna. En X tenía 1 543 seguidores antes del evento, y hoy tiene 3 458.

—Eso fue rápido.

—Facebook lo usa poco, en su mayor parte para cosas personales, fotografías, publicaciones banales, lugares que ha visitado.

—¿Qué tipo de fotos sube?

—Fotografías de perfil, algunas con sus amigos, y la mayoría son de excavaciones, fósiles, y uno que otro atardecer. Se ve que le gusta la fotografía, porque sus fotos no están tan mal.

—¿Ya revisaste sus fotos borradas?

—Sí, nada interesante. Un par de fotos con una amiga y otras de alguna fiesta que creo que quiere olvidar. Fuera de eso, nada relevante.

Victoria observó las fotos borradas, poniendo particular atención en las dos fotografías de David con la mujer. Tomó nota de su nombre, Ana Flores.

El analista cambió de aplicación en la computadora.

—Tiene más actividad en X, lo mismo en Instagram. Les da un uso más profesional. Reportes de sus excavaciones, fotos de fósiles que ha descubierto, algunos de ellos exhibidos en museos. Sus publicaciones son un poco más interesantes, con artículos acerca de la evolución de los dinosaurios e investigaciones sobre su extinción. Y ahora supongo que ha de estar arrepentido, no para de recibir comentarios ridículos como que los alienígenas tuvieron algo que ver con el asteroide.

Victoria echó una ojeada rápida a las publicaciones en sus redes sociales.

—No se va a recuperar de esto, si me lo preguntas a mí —dijo el analista—. Ha atraído la atención de muchos comentarios de fanáticos, así como de gente que lo critica o ataca. Mira, aquí tengo una lista de al menos ocho individuos que en el pasado han sido marcados por nuestros sistemas, y seguirá creciendo en los próximos días.

Victoria reconoció un par de nombres en la lista.

—¿No estás cansada de investigar casos inútiles? Desde que el Pentágono ratificó aquellos videos de fenómenos anómalos no identificados, ahora resulta que la gente ve ovnis en cada esquina. En todo este tiempo, no he visto que alguna de tus investigaciones haya resultado en una amenaza creíble.

La verdad en sus palabras la incomodó.

—Lo único que he encontrado sobre extraterrestres en este mundo —continuó Will— son malas películas diseñadas para satisfacer las mentes hambrientas de la población, para hacerles creer que hay algo más allá de este lugar, darles esperanza de una vida menos deprimente con un final feliz. Nada diferente a lo que la religión ha hecho por siglos.

—Will —respondió con protocolo—, la agencia tiene que investigar cualquier riesgo de amenaza que el sistema detecte. No es que busquemos vida en otros planetas, sino posibles patrones de comportamiento en las personas que pudieran ser provocados por los efectos de una noticia como esta en los medios globales. No sólo en la población, sino también en organizaciones religiosas, gubernamentales o hasta en organizaciones terroristas. Esas son las amenazas que debemos considerar y, en su caso, mitigar.

—¿Te lo aprendiste de memoria? Aun así, pienso que pierdes tu tiempo. Dame unos treinta minutos más y te enviaré el reporte completo. Te incluiré todo lo demás, su historial de búsquedas en Google, publicaciones, fotos y comentarios borrados, contraseñas, que, por cierto, nunca las cambia. También lo tradicional, a dónde viaja, gastos en tarjetas de crédito, historial académico, de sa-

lud, de su familia. El paquete completo. Te adelanto que es una persona aburrida.

—Muchas gracias, Will. Lo esperaré. Alértame de cualquier movimiento sospechoso en redes sociales.

Esa noche, Victoria se durmió tarde. Regresó a su departamento y del refrigerador sacó la comida que sobró del fin de semana anterior. La recalentó y cenó mientras leía en su tablet hasta la última letra del nuevo reporte que le había enviado el analista.

Tenía curiosidad de saber más sobre el patrocinador de David. Su nombre era Demetrio Garza-Walsh, hijo menor de una de las familias más adineradas de la ciudad de Monterrey. Después de dos matrimonios fracasados y un número de empresas que nunca llegaron a tener relevancia internacional, decidió probar su suerte en el mundo de la política y lanzarse como candidato a la alcaldía de su municipio. Desde joven fue un ávido coleccionista y, a sus cincuenta y cinco años, logró amasar unos de los más reconocidos acervos del arte moderno en el mundo. En contraste con su pasión para descubrir nuevos artistas plásticos, fundó el museo más importante de paleontología en México con la donación de una impresionante colección de fósiles de todas las eras, con enfoque especial en las especies extintas de la región del noreste del país. Will encontró, también, que David había contribuido con un par de esqueletos de dinosaurio al museo en los últimos dos años.

Victoria regresó una vez más al reporte de la excavación. Analizó pixel por pixel cada fotografía del artefacto metálico y su posición con relación a los huesos fosilizados del dinosaurio. Algo había en esa pieza de metal

que la hizo atreverse a soñar como en las películas. ¿Qué pasaría si fuera verdad lo que se especula en las redes sociales?

A las seis de la mañana, corrió sus habituales diez kilómetros en el gimnasio. A las ocho en punto se encontraba de nuevo dentro de las ventanas opacadas de la oficina del director.

—Tome asiento, agente Collins. ¿Qué fue lo que encontró?

—Su historial está limpio, señor. No encontré indicios de comportamiento sospechoso. Aunque sí pienso que Fernández está predispuesto a creer en esta fantástica teoría, porque por años ha investigado los temas del origen y extinción de la vida. Por ejemplo, acaba de regresar de un viaje a Yucatán, México, lugar donde expertos afirman que ocurrió el impacto del asteroide que extinguió a los dinosaurios. Quiere comprobar para sí mismo las teorías de otros científicos.

Miller leía en silencio, mientras ella resaltaba los puntos más importantes del reporte.

—Como puede ver, al cerrar su video con una pregunta tan abierta, ha atraído un creciente número de interacciones en redes sociales. Algunas publicaciones sensacionalistas han sido las primeras en tomar la nota y esparcirla por la red. Hasta ayer, ningún medio reconocido ha mostrado interés, pero las cosas pudieran cambiar más adelante si la noticia aumentara en popularidad.

—¿Cuál es su apreciación, agente Collins?

Victoria dudó por un instante su respuesta.

—Creo que las circunstancias en las que se hizo el hallazgo fueron reales, así como las reacciones de las personas involucradas son genuinas. Pienso que él mismo no se esperaba generar tanta reacción en internet. Creo que se le salió de control.

—¿Qué hay del objeto?

—Eso es lo que tengo que averiguar en persona, señor. Tiene que haber una explicación; quizás alguien más lo haya colocado sin conocimiento de ellos. Recomendando hacer una visita para poder verificar su autenticidad y evaluar el curso de acción más apropiado.

—Su prioridad es evitar que divulguen más información. No podemos permitir que esta nota escale hasta los medios masivos, porque entonces sí pudiéramos tener un alto riesgo de provocar efectos colaterales que afecten los intereses del consejo, a quien usted bien sabe, le reportamos. Siga el protocolo, observe, analice y provéanos lo necesario para que, según lo que nos convenga, seamos nosotros los que publiquemos información que acredite o desacredite la supuesta veracidad de este descubrimiento.

Al decir esto, Miller volvió a su computadora. Cerca de él, había un antiguo legajo color rojo. Le llamó la atención porque hacía años que la agencia no usaba papel. Además, ella sabía que los de color rojo contenían información altamente secreta. Sobre el legajo descansaba la tablet del director, por lo que le fue imposible leer el título del documento.

—Señor, una pregunta. Este objeto no puede ser real, ¿cierto? Entiendo que debemos estar preparados para el

efecto dominó que una noticia como esta pudiera ocasionar si fuera verídica y se saliera de control. Me parece difícil de creer en las teorías de su origen y procedencia que propone Fernández.

Miller consideró la pregunta durante unos segundos.

—Agente Collins, en mis más de treinta años de servicio, he visto todo tipo de cosas extrañas. Algunas de ellas, nunca hubiera esperado encontrármelas. Creo que no podemos darnos el lujo de descartar cualquier posibilidad, por más radical que esta sea. Usted está bien enterada de que, en el último año, nuestros sistemas han detectado un considerable incremento en los reportes de avistamientos de fenómenos anómalos no identificados. Así que quiero que llegue al fondo de este caso. Necesito saber si todo lo que ha sucedido desde el hallazgo es auténtico o, en su defecto, saber quién colocó el objeto ahí y con qué motivo. Lo más importante es impedir que Fernández publique más información o fotografías. Evite a toda costa que se acerquen periodistas. Por lo pronto, he subido este caso a nivel 4. Quiero reportes cada veinticuatro horas. Su vuelo está programado para despegar dentro de noventa y tres minutos, así que espero que esté preparada para partir de inmediato.

Al salir de la oficina, encontró a Bruce a la espera de entrar después de ella.

—¿Otra vez detrás de mí?

—Buena suerte en tu misión, Vicky.

Regresó a su cubículo y preparó sus cosas para tomar un vuelo de San José a Monterrey. Tomó su laptop y su tablet y los guardó en su mochila. Por último, abrió un cajón que tenía bajo llave. Dentro, había varias creden-

ciales de identificación oficial. CIA, FBI, Departamento de Defensa, Pentágono, Homeland Security. Todas con su nombre y fotografía. Decidida, Victoria Collins tomó una credencial de la NASA y la guardó con el resto de sus cosas.